forme, con cuatro casas dispersas y un cerro entre ellas, expresión de otros tantos pueblos ó naciones habitadoras de esa tierra. Lo cierto es que, según se admite generalmente, las tribus atlatecas eran de origen nahoa; que Nahuatlán, entre cuatro mares, expresa una isla; que Atlatlán, cerca del mar, indica una ciudad ó comarca marítima, la que tal vez por su importancia llegó á dar á toda aquella su nombre; y que trasmitido éste hasta nosotros por tradiciones conservadas en Grecia, quedó generalmente convertido en Atlántida, ó país de los atlántidas, patronímico de forma griega, que significa hijos ó descendientes de Atlantla ó Atlatlán.[1]

LOS NAHOAS SUBEN Á LAS ESTEPAS DE NORTE-AMÉRICA.

Pero volvamos sobre la materia que dejamos pendiente. Si los nahoas procedían de la Atlántida, y se vieron estrechados á abandonarla por el trastorno geológico que la hundió debajo de las olas, era natural que buscasen refugio en otras tierras. Una parte de los que se salvaron frente á Europa, hacia el Oriente, probablemente fueron á guarecerse en el Norte de España, donde se halla el pueblo vasco, que se reputa por el más antiguo de la Iberia, y cuyo idioma se dice no tener relación alguna con los demás de dicho continente, y sí con los de América, especialmente con el nahoa. Y por otra parte, los habitadores de la costa occidental de la isla, debieron navegar hacia el vecino litoral de las Carolinas y de Georgia, en los Estados Unidos, donde aparecen también huellas etnográficas del mismo idioma: como es *Axacán*, citado por el padre Alegre en el capítulo 1º de su Historia de la Compañía de Jesús, y *Atlanta*, que es hoy capital del último de los Estados mencionados. El primero, que es el nombre de una provincia que hacía parte de la Georgia y de la Virginia en las antiguas colonias inglesas, nombre también de un pueblo antiguo de México, viene de *atzaqua*, encerrar ó contener el agua, significando alberca ó presa, y de la posposición *can;* y el segundo se desprende fácilmente de *Atlanta* ó *Atlatlán*, que ya he dicho que es el originario de la Atlántida.

En seguida debieron atravesar el actual Territorio Indiano, en los mismos Estados Unidos, y subir por las estepas escalonadas de esta parte del continente americano, siguiendo poco más ó menos

1 Lámina 1ª: Aztlán: *Códice Aubin.*

los mismos paralelos de latitud correspondientes al lugar de su salida, pues eran inclinados á llevar en sus viajes una dirección sistemática, de la que no se distraían sin motivos poderosos, y así arribaron á las tierras más altas de ese país, como si todavía se encontrasen dominados del temor de ser sorprendidos por los furores del mar, que se había tragado un territorio tan extenso como era el de su primitiva procedencia.

Probable es que, inducidos por su grande afición á vivir cerca de los grandes depósitos de agua, hayan ido á parar á los lagos Utah y Salado, el último de los cuales tiene varias islas, en las que pudieran construir poblaciones seguras. Y á la verdad, si la Atlántida no era su punto de origen, figurado en los jeroglíficos por un hombre en una canoa, navegando de una isla en dirección al continente, como los datos antedichos conducen á demostrarlo, no parece que ese punto debiera colocarse en otra parte más congruente que en el último de los lagos referidos, pues en la zona del continente americano, comprendida entre los grados de latitud ya citados, no hay otro, á lo que sé, cuya situación reuna las circunstancias que indican las tradiciones.

Para fundar la probabilidad de este aserto, no hay necesidad de buscar en el terreno el nombre de Aztlán, que, si existió en esta forma, debe haberse perdido ó adulterado profundamente con la emigración de las tribus nahoas hacia el Sur; emigración en masa como solían hacerla los pueblos de la antigüedad, los que si algo dejaban en el territorio abandonado, era comunmente barrido por los que les sucedían en su posesión, borrándose luego el recuerdo de los nombres de lugar, que eran sustituidos con otros de idioma diferente. En el particular de que nos ocupamos, son autoridad más atendible las tradiciones, puesto que constituyen un testimonio más persistente. Ellas refieren que los nahoas vinieron á poblar las orillas de los ríos Gila y Colorado desde regiones más septentrionales, y el lago Salado está en esa posición respecto de dichos ríos, hallándose precisamente al Norte de la que con toda certidumbre fué posteriormente mansión de las referidas tribus.

El capitán Mateo Mange, en la relación de los viajes del padre Eusebio Francisco Kino y otros misioneros al descubrimiento de los mencionados ríos, escrita por él como cronista y jefe militar de las expediciones, y publicada en 1856 en el tomo 1º de los Docu-

mentos para la historia de México, cuarta serie, corriendo de la página 226 á la 402, hace frecuente mención de las tradiciones conservadas entre los indios que habitan las márgenes de aquellos, acerca de las razas que poblaron el valle de México, y en la página 281, que cae bajo el capítulo 5º, dice: «Tomando un refresco y dulces en la junta (habla de la del Gila con uno de sus confluentes), declinamos al Poniente por la vega del río abajo, y á tres leguas dormimos en sus márgenes,..... y de la otra banda, nos dijeron los que nos acompañaban, hay varios edificios antiguos de casas grandes que se conjetura las hizo la nación mexicana *cuando salió del Norte.*» En la página 283 refiere, que «dijeron los guías que á distancia de una jornada hay otros varios edificios de la misma fábrica hacia el Norte, y de la otra banda del río en otro arroyo que viene á juntarse con éste que llaman Verde, y que *las fabricaron unas gentes que vinieron de la región del Norte.*»

El Sr. Orozco y Berra, en su Geografía de las lenguas, cita al padre Sedelmair en unos párrafos, que en sustancia dicen lo mismo que el cronista Mange; y también al general D. Pedro García Conde, que en su Ensayo estadístico sobre el Estado de Chihuahua, 1842, dice que la primera mansión de los aztecas fué cerca del lago de Teguyo *(tecuyotl*, señorío,) al Sur de la ciudad de Quivira, *antes de ir á sentarse en el Gila.*

Sería un esfuerzo inútil de erudición hacer aquí mérito de las bien conocidas opiniones de muchos historiadores, que fundándose en la tradición, en las escrituras jeroglíficas y en las crónicas antiguas, colocan el origen de la raza nahoa más al Norte de las Casas-Grandes del Gila, ya de una manera clara y terminante, ya algo equívoca, pero apuntando casi siempre en esa misma dirección. Sólo añadiré, que la tradición trasmitida por Pantecal, señor de Tzapotzingo, cerca del pueblo de Jalisco, según se lee en la Historia de Nueva Galicia escrita por el Sr. Mota Padilla, refiere que *de lo más interno del Norte*, de una provincia llamada Aztatlán, salieron varias familias en dos diversos tiempos, y entraron por el Nuevo México, Cíbola, Sonora, etc. Según el padre Frejes, en su Historia de la conquista de Jalisco, la referida tradición era que las familias emigrantes habían venido *de lo más interno del Norte*, y poblaron la Quivira, Sonora, Sinaloa, etc. Ahora bien, si ellas entraron por Nuevo México y Sonora, cuyos territorios en aquel

tiempo se extendían al Norte sin límite conocido, luego venían de más allá con rumbo al Sur, y ese más allá debía quedar, según todas las probabilidades, en el Lago Salado ó en las comarcas adyacentes. Es de llamar la atención que cuarenta leguas, con poca diferencia, al Poniente del Lago Salado, se halla un lugar llamado *Tulasco*, y cosa de ochenta más adelante se halla *Tule;* nombres de origen nahoa, que demuestran que hasta allí avanzaron algunas de las familias prófugas del Oriente.

SE SITUAN EN EL GILA.

Dejando este punto histórico acerca de la primera mansión de los nahoas después de su salida del Oriente, que sólo puede discutirse por presunciones, aunque vehementes, sigamos á los peregrinantes á su segunda estancia, que nos es más conocida por las construcciones que en ella dejaron, y por los demás medios de averiguación que nos la han hecho de ubicación indubitable.

Desde luego puede decirse que los toltecas, que parece eran los que ocupaban en el Norte una posición más occidental, al bajar hacia el Sur, aproximándose á la costa del Pacífico, debieron pasar por el lago Tulares, sito entre las ciudades modernas de San Francisco y los Angeles, en la Alta California. A propósito ocurre preguntar aquí: ¿acaso á orillas de este lago sería donde se hallaba la antigua Tollan, en recuerdo de la cual los toltecas pusieron el mismo nombre á la que fundaron en el que es hoy Estado de Hidalgo? No es posible afirmarlo; pero sí puede tenerse en cuenta, que *tule* no es palabra de origen español, ni inglés, que son los idiomas que se han hablado allí sucesivamente desde la conquista, ni al parecer es de otra lengua que del nahoa; y de consiguiente las palabras *Tulares*, *Tollan* y *Tula* mejor vienen de *tollin*, tule, especie de junco que dió nombre á la primera Tollan, no á la moderna Tula en el Estado de Hidalgo, que no produciendo esa planta en sus tierras, lo lleva solamente en memoria de la otra.

Esa familia, que había avanzado más al Occidente que las otras, prosiguiendo su camino al Sur, llegó entonces hasta la confluencia de los ríos Colorado y Gila, el último de los cuales fué ocupado al propio tiempo por las demás familias nahoas, y cuyo nombre, uno de los rarísimos de lugar que allí han quedado de etimología

azteca, acusa con claridad su procedencia, pues viene de *Xilla*, compuesto de *xilotl*, quitada *otl*, y de la partícula abundancial *tla* ó *la*, significando país abundante en jilotes, fértil, ó quizá uno en que se usaba mucho comer en tal estado las mazorcas de maíz.

En la vecindad de esa confluencia, pero sin saberse la situación precisa, fundó dicha familia la famosa *Tlapallan*, que por entonces fué su asiento principal y definitivo, y en opinión de algunos la capital de toda la nación; aunque yo infiero que si tal hubiera sido, nos habría dejado las huellas de su importancia, mejor que Casas-Grandes y otros lugares, cuyas ruinas se ven esparcidas más arriba en las riberas de dicho río. La referida ciudad, denominada también Huehuetlapallan, en contraposición á Tlapallanconco, ó Tlapallan la menor, que los toltecas fundaron después en el primer descanso de su posterior y última peregrinación, debió su nombre á las circunstancias de la localidad en que fué establecida. Tlapallan significa «lugar cerca de la tierra colorada,» y efectivamente de ese color es, según dicen, la de la comarca en que se unen el Gila y el Colorado, el último de los cuales, así como el Mar Bermejo adonde lleva sus aguas ferruginosas, tienen por tal motivo las referidas denominaciones.

Consta por la historia, que la familia tolteca fué la que, al reemprender muchos siglos después su peregrinación del Gila al Anáhuac, siguió el camino de las costas de Sonora y Sinaloa, y esto confirma la posición que yo le he venido asignando en su tránsito desde las regiones del Norte hasta Huehuetlapallan, pues ya desde aquí no hizo ella más que escurrirse por las orillas del golfo de Cortés, y seguir su ruta hasta subir á las tierras altas de México, fundando en ellas á Tula y á Texcoco.

Si la posición de los toltecas puede determinarse con aproximación en las comarcas vecinas á la junta de los ríos antes mencionados, no sucede lo mismo con la de las demás familias, de las que solamente puede decirse que se hallaban alojadas sobre las márgenes del Gila, pues en todo su curso, desde la junta de aquellos hasta cerca del origen de éste, se ven de distancia en distancia ruinas de edificios antiguos, con otros vestigios de la ocupación del territorio por una raza relativamente civilizada. Y quizá no sería muy aventurado afirmar que á lo largo del expresado río se encontraban tendidas las famosas siete ciudades, tan buscadas en

tiempo de los descubrimientos de los países del Norte, que yo traduzco por siete pueblos, centros de otras tantas tribus, y que debían formar un cuerpo nacional homogéneo, no sólo por la identidad de origen, idioma y costumbres de sus habitantes, á pesar de hallarse distribuidos en siete parcialidades, sino también por la calidad similar de las regiones que escogían para vivir, siempre á orillas de un río ó lago.

Tal sucede todavía en la actualidad con la tribu yaqui, congénere de la nahoa, que vive distribuida en los siete pueblos *Cócorit*, *Bácum*, *Tórim*, *Bícam*, *Pótam*, *Raum* y *Huíribis*, sentados en ambas márgenes del río de su nombre, en la parte cercana á la costa, sin contar con el de *Belén*, que fué de fundación española, ni con *Cumuripa*, que por estar distante once leguas río arriba de los pueblos mencionados, no parece pertenecer á ese grupo, sino haber sido una colonia desprendida de ellos: lo mismo sucede con la tribu mayo, de la propia procedencia, que vive en los siete pueblos de *Macoyahui*, *Conicari*, *Camóa*, *Tesia*, *Nabojóa*, *Cuirimpo* y *Echojóa*, no contando á los de *Santa-Cruz* y *San Pedro*, porque no fueron de fundación indígena, como se comprende por sus nombres: é igual coincidencia se observa también en los pueblos antiguos de indígenas, situados río abajo de Culiacán, que son *Bachigualato*, *Aguaruto*, *Culiacancito* (antiguo Colhuacán, que probablemente debió ser, antes de la invasión de las tribus nahoas, conocido con algún nombre cahita), *San Pedro* (antes Comoloto), *Nabolato*, *Bachimeto* y *Otameto*. Parece que era costumbre de los nahoas y de sus congéneres darse una organización septenaria, donde quiera que formaban una agrupación nacional independiente, y que ella obedecía á un recuerdo de su modo de ser en su patria primitiva.

En la carta del Padre Bartolomé Sánchez al Padre prior Juan Antonio Baltazar, fecha 6 de Marzo de 1757, que corre impresa á la página 88 de los Documentos para la historia de México, cuarta serie, tomo primero, se dice á este propósito lo siguiente: «Desde este paraje de Todos Santos (que es cerca de donde el río Gila nace en la Sierra de Mogollón), empiezan á verse ruinas de edificios antiguos, con patios cuadrados y otros vestigios de loza de jarros, ollas y tiestos con variedad de colores, y advertí también palpablemente, por el terreno que conducían la acequia para la

agua que serviría á sus sementeras en el dicho bastantemente explayado sitio, capaz de una buena villa ó misión, si llegara el caso de reducirse esta belicosa nación apache; en el paraje de la Casita, río abajo al Poniente, hay otro semejante, y ví también tan fatales ruinas; habrá diez leguas de distancia, y *me persuado que desde aquí hasta la Pimería* (los pimas vivían cerca de la unión de los ríos Gila y Colorado), *estarían fabricadas las siete ciudades de que hay alguna noticia.*»

Mota Padilla, en su Historia de la Nueva-Galicia, refiriéndose al viaje que D. Francisco Vázquez Coronado hizo al Norte en 1540 en busca de las siete ciudades, dice que llegaron las tropas de este general al Valle de los Corazones, diez ó doce leguas antes de tocar á la provincia de Sonora, que entonces comenzaba en el río Yaqui, y de allí «llegaron á Tzíbola, que era un pueblo dividido en dos barrios, que estaban cercados, de manera que hacían al pueblo redondo, y las casas unidas de tres y cuatro altos, cuyas puertas caían á un grande patio ó plaza, dejando en el muro una ó dos puertas para entrar y salir.» Cíbola era evidentemente un pueblo nahoa, pues lo dice su etimología, y significa lugar donde abundan los cíbolos, cierta especie de toros: además, su descripción parece que no puede convenir más que á un pueblo de los que se ven hoy arruinados en el país que baña el Gila, y que estaría habitado en tiempo de la conquista por alguna de las tribus que sucedieron á los nahoas en la ocupación de aquel territorio. Después dice el mismo historiador: «Habiéndose el general y su gente aposentado en los dichos barrios, procuró enterarse de toda la comarca, y *descubrió otros seis pueblos semejantes, que son los que debieron de dar cuerpo á la vulgaridad de las siete ciudades.*»

Pero sea lo que fuere acerca de estas ciudades del Gila, que yo traduciría por siete pueblos de tribus, ocurre aquí otra cuestión: ¿Cuál de esas poblaciones, cuyas ruinas se ven hoy esparcidas por las arenas de dicho río, sería la residencia de los aztecas? ¿Acaso aquella, que todavía hoy aparece más grande? No es fácil averiguarlo. De ninguna de ellas nos ha quedado el nombre; y si Huehuetlapallan y Cíbola son las únicas que se han salvado del olvido, en cambio se ignora su ubicación determinada, y sólo de la primera puede decirse, que fué la mansión de los que después habrían de ser llamados toltecas.

Se ha dicho por alguien, que los nahoas eran una raza, no una nacionalidad. Yo no lo creo así: ellos debieron formar una nacionalidad y una raza compactas, á lo menos desde antes y durante el tiempo de su permanencia en el Gila; y la razón es bien clara, porque si hubiesen tenido gobiernos independientes, como naciones distintas, no hubieran peregrinado en masa, ni posádose todos juntos en una misma comarca, como obedeciendo á una voluntad única y consecuente con un propósito fijo. La prueba más concluyente es, que cuando peregrinaron de nuevo, pero ya bajo la dirección de gobiernos particulares que se dieron después de la separación de las tribus, entonces poblaron regiones diversas y aun muy distantes entre sí, dando origen á diferentes nacionalidades; y sólo hasta entonces pudo decirse que los nahoas no eran una nacionalidad, sino una raza.

SU CIVILIZACIÓN SE EXTIENDE AL SUR: FORMACIÓN DE LOS IDIOMAS SONORENSES Y SINALOAS.

Una vez posesionados de las riberas del histórico río, era consiguiente que los recién llegados comenzaran á poner en ejercicio la civilización que traían desde su origen, labrando la tierra, abriendo canales para el riego, levantando los grandiosos edificios cuyos restos admiran los viajeros, y desarrollando las demás industrias que no habían olvidado en sus peregrinaciones: en suma, se acomodaron bien en su nueva y rica patria, como toda nación que se convierte en estado, creyendo establecerse allí para siempre, pues esa intención revelaban con las grandes construcciones que emprendieron, y que todavía, á pesar de su abandono, no han podido ser aniquiladas por el tiempo.

La importancia de su establecimiento y de su progreso fué trascendental á los pueblos situados al Sur, pues éste era el rumbo para donde esas gentes hacían todo su empuje; y si es verdad que vivieron en la demarcación mencionada, desde el siglo tercero antes de la éra cristiana, en que se dice que á ella arribaron, hasta el sexto de la propia éra, en que emprendieron otra peregrinación, resulta que allí estuvieron diez siglos, espacio de tiempo muy suficiente para que pudiesen introducir cambios profundísimos en el modo de ser de los pueblos comarcanos, habitados por razas primi-

tivas, tanto más débiles cuanto más ignorantes y aisladas, ya influyendo lentamente en su idioma y en sus costumbres por medio de una civilización más adelantada, ya violentamente por medio de invasiones armadas, ya por los mil otros medios que conducen á la modificación de las nacionalidades y de sus gobiernos. Mucho menos tiempo bastó á los mexicanos, rama desprendida de ese tronco, para llevar sus armas, su influencia, su idioma y su cultura desde el lago en que fundaron á Tenochtitlán, hasta Soconusco y Tehuantepec por un lado, hasta la Huasteca y los confines de Michoacán por los otros.

El poderío é influjo del nuevo estado se hizo sentir á muy larga distancia, y no se limitó á la zona situada entre el golfo de Cortés y la Sierra-Madre, en que por los impulsos de su expansión parecía que iba á desarrollarse, sino que se desbordó por las montañas sobre los territorios vecinos. Entonces han de haber desaparecido, barridas por la conquista ó trasformadas por el predominio y la ilustración del Norte, varias tribus independientes en Sonora y Sinaloa, cuyo multiplicado número acusaba aislamiento y barbarie, y se han de haber levantado fuertes imperios, como lo revelan las extensas demarcaciones en cada una de las cuales se hablaba una misma lengua. Y durante ese mismo período histórico se han de haber formado los idiomas ópata y pima en Sonora, el tarahumar en la parte occidental de Chihuahua, el guazapares, el varogio y el tubar en la parte superior del río del Fuerte, el tepehuán en el linde occidental de Durango, y el cahita en todo el territorio en que se extendía la antigua provincia de Sinaloa; todos los cuales deben su actual estructura á la infiltración del náhuatl, del que tomaron algo de la forma, riqueza y suavidad que lo distinguen y que faltaban á los pobres y duros idiomas primitivos, pues está averiguado que aquellos en su estado presente tienen un inmediato parentesco y suma analogía con éste.

El cahita que, como he dicho, era el idioma de la antigua provincia de Sinaloa, que por consiguiente se usaba desde el río Yaqui hasta el de Mocorito, y aun llegó á extenderse hasta el de Culiacán, puesto que en este distrito existen varios lugares con nombres de esa procedencia, fué el último que se formó hacia el Sur por la influencia ya lejana de la raza que dominaba desde el Gila; y por eso se observa, que si bien la nomenclatura geográfica antigua pertenece invariablemente á esa lengua en los ríos Yaqui y Mayo, sobre la zona donde habitan las tribus que llevan esas mismas denominaciones, pero desde el río del Fuerte, conforme se avanza con el rumbo indicado, se van progresivamente mezclando los nombres cahitas con otros de origen diferente, lo que debe atribuirse á que desde este río hasta el de Mocorito la referida influencia no fué completa, iba ya disminuyendo por la distancia ó por otras causas, y no fué bastante para originar el cambio total de los nombres de lugar. La prueba está en que las tribus en esta demarcación no sufrieron grandes trastornos políticos, puesto que fueron encontradas todavía por los conquistadores en tan gran número, que no revelaban tener gobiernos medianamente regularizados.

Así, por ejemplo, en la parte superior del río del Fuerte, correspondiente al Estado de Sinaloa, habitaban los huites, zóes y baimenas, que tenían lenguas particulares hace tiempo ya extinguidas; en la parte media los sinaloas, tehuecos y zúaques, que hablaban el cahita y eran los más numerosos; en la parte baja y en las comarcas adyacentes, los ahomes, bacorehuis, batucaris y comoporis que hablaban el bacorehui, perdido también, pues no se oye hablar de él. En el río de Ocoroni estaba la tribu del mismo nombre, con su idioma especial ya desaparecido. En el de Sinaloa, hacia el mar, residían los guazaves que hablaban el bacorehui; más arriba los nios, con su idioma especial perdido; después los bamoas, procedentes de los pimas, introducidos allí con su idioma después de la conquista; en la parte superior los ohueras, cahuimetos y chicoratos, etc., cuyos idiomas también han desaparecido. Y en el río de Mocorito, la puebla de ese nombre, que probablemente tuvo asimismo su idioma especial, que hoy no aparece. Claramente se ve, por lo dicho, el número crecido de tribus, con sus idiomas particulares, que aún no habían sido refundidos en el cahita, y se advierte la manera como éste avanzaba por el centro de la comarca, como si fuera una cuña que trataba de introducirse entre los otros, á los cuales, sin embargo, dejó profundamente afectados de sus caracteres distintivos, según se comprueba con los nombres geográficos que de ellos nos han quedado.

De lo expuesto se colige, que los nahoas no impusieron su idioma en Sonora y la antigua Sinaloa, pero llegaron á modificar los de estas comarcas, ocasionando la formación de lenguas congéne

res con la suya. También se infiere, que si acaso ellos invadieron y dominaron alguna vez por la fuerza dichos países, no pudieron conservarlos, ni se asimilaron las naciones que los poblaban, lo que á mayor abundamiento se patentiza con el hecho de que los toltecas, cuando emigraron al Sur, tuvieron que abrirse paso con las armas por entre esos pueblos.

Si la oleada de las invasiones y del poderío material y moral de los nahoas sólo llegó hasta el río de Mocorito, ó aun hasta el de Culiacán, es oportuno preguntar: ¿qué otras naciones poblarían entonces la tierra, desde allí para el Sur del actual Estado de Sinaloa? No hay datos para responder á esta pregunta, ni sé que alguien se haya ocupado de satisfacerla; y yo puedo aventurar solamente un parecer, fundado en una inducción. Si el país hubiera estado ocupado por pueblos de alguna importancia, conservaría algunos vestigios, principalmente etnográficos, de esa ocupación; pero no sucede así, y esto me hace presumir que debió estar poblado por tribus salvajes, á las cuales aún no había alcanzado la luz de la civilización que asomaba por el Norte. Ellas, sin embargo, pronto deberían percibirla, conducida directamente por los mismos nahoas, en sus próximas peregrinaciones y tránsito por dicha región.

DISPERSIÓN DE LAS TRIBUS: LOS AZTECAS Y CONCHOS SE DIRIGEN AL ORIENTE.

Efectivamente, en el siglo sexto de la éra cristiana, se conmovió la Eptápolis del Gila, de tal manera, que con el sacudimiento se produjo la dispersión de las tribus ó familias que la componían, y el abandono completo de aquellas tierras, para ir en busca de otras donde posarse. El motivo de este extraordinario suceso no es conocido con toda certidumbre. Según algunos historiadores, fué la guerra civil; pero no es racional admitir que ésta haya sido el único móvil, porque si el partido vencido se vió por eso obligado á emigrar, debió el vencedor quedar poseyendo la tierra, siendo así que es notorio que la emigración fué completa. Pudo haber allí, efectivamente, guerra de esa clase, pero sería mucho antes de la dispersión, y sobre todo, no sería ella el motivo determinante de ésta.

Mejor debe buscarse la causa en las guerras traidas por enemigos de afuera. La relación ya citada del capitán Mateo Mange, en la página 283, cuenta que los indios, que guiaron á los misioneros en una de sus excursiones á Casas-Grandes del Gila, dijeron, refiriéndose á las gentes venidas del Norte y constructoras de dichos edificios, «que por las sangrientas guerras que les daban los apaches y veinte naciones con ellos confederadas, muriendo muchos de una y otra parte, despoblaron, y parte de ellos por disgusto se dividieron y volvieron para el Norte, de donde años antes habían salido, y los más hacia el Oriente y Sur.» La tradición recogida por los padres jesuitas en el terreno mismo de los sucesos, es á mi juicio más creible y digna de fe, que la razón incongruente de la guerra civil.

La emigración comenzó en el año de 544, según el Sr. Orozco y Berra, cuyo cómputo sigo, por considerarlo más conforme con las opiniones que después deberé desarrollar, aunque atreviéndome á hacerle alguna modificación. Y ella se verificaría ó no simultáneamente en dicho año, pero lo cierto es que al fin se llevó á efecto, pues no parece haber quedado ningún nahoa sobre el terreno, y si quedaron algunos, de seguro fueron exterminados por sus enemigos. Los pimas y otras tribus bárbaras, que hasta hace poco tiempo vagaban todavía por las orillas del río, no son descendientes de los emigrantes, sino sus sucesores en la ocupación del suelo abandonado. Si fueran sus descendientes, hubieran conservado la lengua patria, como la han conservado los pueblos del Sur del Estado de Sinaloa; y sobre todo, no hubieran olvidado ó alterado tan por completo los nombres de los lugares donde vivieron sus ascendientes. Pero ha sucedido todo al contrario; no hay allí huellas notables del idioma nahoa, ni de los nombres de lugar impuestos por esa raza que por tantos siglos ocupó aquel suelo, comprobándose de esa manera, que la nación toda se vió obligada á levantarse de raíz y trasladar su residencia á países más tranquilos y menos expuestos á irrupciones de enemigos.

Ya sabemos lo que la tradición nos refiere, esto es, que de los nahoas del Gila, acosados por las incomodidades de la guerra, unos se volvieron al Norte, de donde todos habían venido, otros se dirigieron al Sur, y otros al Oriente. De los primeros nada se ha vuelto á saber; quizá llegaron hasta *Atapasco*, nombre que parece procedente de *atl-apastli-co*, con la significación de lago, bahía, ó re-